

CAPÍTULO V.

LLEGAN Á TLAXCALLAN.—SON ACOGIDOS AMISTOSAMENTE.—
DESCONTEÑO DEL EJÉRCITO.—ZELOS DE LOS TLAXCALTECAS.
—EMBAJADA DE MÉXICO.

(1520.)

A la mañana siguiente dejó el ejército su campamento desde muy temprano: el enemigo no hizo tentativas para volver á emprender el ataque; una que otra partida de flecheros fué la que se presentó en la mañana á respetuosa distancia de los españoles, aunque algunas veces se acercaban á ellos lo bastante para molestarles con sus flechas.

En un terreno algo elevado descubrieron los españoles un manantial, presente algo raro en aquellas áridas regiones, y cuyo sitio recordaban con placer los españoles, por las frescas y copiosas aguas que en él habian encontrado.¹ Un poco mas adelante descubrieron las toscas murallas que servian de baluarte y frontera á la república de Tlaxcallan. Los naturales de ella, arrojaron al divisarlas una exclamacion de regocijo, del que tambien participaron los españoles al verse cerca de una tierra hospitalaria y amiga.

Mas á este sentimiento siguióse otro de naturaleza muy diversa. Mientras mas se acercaban á Tlaxcallan, mas les inquietaba el temor de la manera con que serian recibidos por

¹ ¿Será la misma fuente de que hace Toribio honrosa mencion en su noticia topográfica del país? "Nace en Tlaxcallan una fuente grande á la parte del Norte, cinco leguas de la principal ciudad: nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir cabeza, y así es, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor río de los que entran en la mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatula." *Hist. de los Ind., MS., parte 3, cap. 16.*

un pueblo al cual traian luto y desolacion, y que si estaba desfavorablemente dispuesto contra ellos, podia aprovecharse fácilmente de la angustiada situacion en que se encontraban. "El cual pensamiento," dice Cortés, "nos puso en tanta afliccion, cuanta traíamos viniendo peleando con los de Colhua."² No obstante esto, el comandante hizo frente á la dificultad y animó á sus soldados á que confiasen en sus antiguos aliados cuya pasada conducta era un garante de su futura fidelidad; sin embargo, les previno que puesto que estaban en un estado tan débil, cuidasen de no dar motivo alguno de queja ni de celos á sus engreidos y orgullosos aliados; pero ademas les encargó que estuviesen apercebidos por si era preciso abrirse paso por entre ellos, con fuertes corazones y brazos vigorosos.³ Agitados de estos temores dijeron adios á los dominios aztecas y volvieron á pisar el suelo de la república.

El primer lugar en que se detuvieron fué la ciudad de Huejotlipan, de cosa de doce ó quince mil habitantes.⁴ Esperábanles ansiosamente estos, y salieron á recibirles á alguna distancia de la ciudad, invitándoles á que tomasen alojamiento en sus casas, y ofreciéndoles todos los ausilios que les dictaba su sencilla hospitalidad. Esta no fué con todo, tan desinteresada que no tuviesen los cristianos que dar en recompensa, parte del rico botin de la última batalla.⁵ Allí permanecieron dos ó tres dias, al cabo de los cuales, habiendo llegado á la capital de la república la noticia de su regreso, vinieron á recibirles el anciano cacique Maxixcatzin, que tan buen acogimiento les habia hecho desde su primera visita, y el jóven Xicotencatl, el guerrero que mandaba los ejércitos republicanos, cuando los sangrien-

² "El cual pensamiento y sospecha nos puso en tanta afliccion, cuanta traíamos viniendo peleando con los de Colhua." *Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 149.*

³ "Y mas diré que tenia esperanza en Dios que los halláramos buenos y leales, é que si otra cosa fuere, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos." *Bernal Díaz, cap. 128.*

⁴ Llamado por Cortés, Gualipan." (*Ibid.*, pág. 149.) Un azteca se habria visto en apuros para trazar el camino de los españoles segun los itinerarios de estos.

⁵ *Ibid.*, ubi supra. Sin embargo, Thoan Cano que era del ejército niega el hecho diciendo que los tlaxcaltecas les acogieron como á sus hijos y sin querer recibir ninguna recompensa. (*V. el Apéndice, parte II, núm. 11.*)

tos encuentros con los españoles. Maxixcatzin al abrazar á Cortés, le espresó todo el profundo sentimiento que le inspiraban sus desgracias: díjole que era una hazaña maravillosa, haber resistido por tanto tiempo al poder confederado de todos los aztecas. “Nosotros,” añadió, “hemos hecho causa comun con vosotros: ámbos tenemos agravios comunes que vengar; y ya en vuestra próspera, ya en vuestra adversa fortuna, estad ciertos de que nos encontrareis vuestros fieles y leales amigos hasta la muerte.”⁶

Esta cordial protesta de amistad, hecha por uno de los que mayor influjo ejercian en la república, algo disipó los temores que agitaban el ánimo de Cortés: aceptó, pues, la invitacion que le habian hecho para que prosiguiese de una vez su marcha hasta la capital donde encontraria mayores comodidades para su ejército, que no en aquella villa fronteriza. Los enfermos y heridos fueron puestos en hamacas y llevados en hombros de los tamanes. Ya que iban llegando á la capital, salió á recibirles multitud de gentes que llenaban el aire con gritos de júbilo y con los rudos acentos de sus poco armoniosos instrumentos. Pero entre el júbilo general se escuchaban los ayes y lamentos de algunos desgraciados que buscaban impacientes entre las menguadas filas del ejército, á sus amigos y parientes, y que al no encontrarles, daban rienda suelta á lloros y sollozos que traspasaban el corazon hasta de los soldados mas despiadados. Entre aquella mezcla confusa de gritos de dolor y de placer, que es de lo que está tejida la vida humana, hizo su entrada en la capital de la república, el fatigado ejército de Cortés.⁷

El general y su acompañamiento fueron alojados en el toscó pero espacioso palacio de Maxixcatzin; y el resto de las tropas

⁶ “Y que tuviese por cierto que me serian muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte.” *Relac. Seg., en Lorenzana, pág. 150.*

⁷ Camargo, *Hist. de Tlaxcallan, MS.* Bernal Diaz, *ubi supra*. “Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas y todas puestas de luto y llorando adonde estaban los españoles: las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian ido con los españoles, y quedaban todos allá muertos: no es menos sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo, consolarles por medio de sus intérpretes.” Sahagun, *Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 28.*

se alojó en los términos del señorío del cacique. Allí permanecieron varias semanas, hasta que el esmero de los hospitalarios tlaxcaltecas y los remedios que su escasa ciencia quirúrgica les dictaba, les curaron de las heridas y les hicieron recobrase de la estenuacion á que les habian reducido sus excesivos é imponderables padecimientos. Cortés fué uno de los que mas sufrieron, pues perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda;⁸ fuera de que recibió dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó despues de tal manera con las fatigas mentales y corporales, que llegó á tener un aspecto alarmante: fué preciso sacarle un pedazo de cráneo,⁹ á resultas de lo cual sobrevino una fiebre, y el héroe que habia vencido tantos peligros y desafiado tantas veces la muerte, se vió tendido en cama, tan indefenso como un niño; pero al fin su escelente constitucion le hizo sobreponerse á la enfermedad, y llegó á recobrar su antigua actividad. Los españoles recompensaron los servicios de sus huéspedes partiendo con ellos, con política generosidad, los ricos despojos de la última batalla; y el comandante español gratificó á Maxixcatzin regalándole el trofeo que en ella habia quitado al general indio.¹⁰

Pero ya que los españoles iban reparando su salud y sus fuerzas, merced al buen trato de sus aliados, y ya que iban recobrando la tranquilidad de espíritu y la confianza que les habian arrebatado sus últimos reveses, recibieron algunas nuevas que les probaban que su última desgracia no era la que habian sufrido en la capital de México. Al bajar de allí Cortés, cuando venia al encuentro de Narvaez, habia dejado á guardar en Tlaxcallan, cierta cantidad de oro que traia: añadiase á esto

⁸ “Yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.” *Son las propias palabras de Cortés en su relacion al emperador (pág. 152).* Pero D. Thoan Cano, cuyas relaciones de familia le hacian tener tantas simpatías por los aztecas como por sus compatriotas, aseguró á Oviedo al oírle lamentar la desgracia del general, que podía escusar su sentimiento, pues Cortés tenia á la hora desta tantos dedos en su mano, como cuando salió de Castilla. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11.) No podrá suceder que al decir manco quiso dar á entender, lisiado ó estropeado?

⁹ Hicieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza ó porque no le curaron bien sacándole los cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó. Gomara, *Crónica, cap. 110.*

¹⁰ Herrera, *Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 13.* Bernal Diaz, *Ibid, ubi supra,*

una suma considerable reunida por el malogrado Velazquez de Leon, en la expedicion que hizo á la costa; y finalmente, los tributos de algunas otras partes. A causa del alzamiento de la capital, juzgó el general al dirigirse á ella nuevamente, que era mas prudente dejar aquellas sumas bajo la custodia de algunos soldados inválidos, los que luego que se restableciesen debian ponerse en marcha y reunirse en México con el grueso del ejército. Despues llegó de Veracruz una partida de cinco ginetes y cuarenta infantes, los que tomando bajo su custodia á los inválidos y el tesoro, emprendieron su marcha á la capital. Súpose ahora que esta partida habia sido derrotada y que el tesoro se habia perdido enteramente. Otros doce soldados que iban con el mismo destino habian sido asesinados en la provincia de Tepeaca; y á este tenor se recibia noticia continuamente, de algunos desgraciados castellanos, que fiados en el respeto que hasta entonces se habia guardado á sus compatriotas, é ignorando por otra parte, la catástrofe de la capital, habian sido víctimas del furor de los indios.¹¹

Estas funestas nuevas llenaron el ánimo de Cortés de temores por la suerte del destacamento de Villa Rica, último asilo de su esperanza. Envió al punto á esta plaza un mensajero de confianza; y tuvo la satisfaccion de recibir en contestacion una carta de aquel comandante, en que le participaba no solo que la colonia estaba salva, sino las amistosas relaciones en que habia entrado con los totonacas, pueblo de las inmediaciones. La mejor garantía de la fidelidad de estos aliados era el agravio indeleble que habian inferido á los mexicanos.

Al paso que los negocios de fuera tomaban este triste aspecto, el descontento del ejército ofrecia al general otro motivo no menos sério de afliccion. Muchos de los soldados se habian imaginado que la espantosa catástrofe de la noche triste, pondria término á sus padecimientos, ó por lo menos alejaria toda idea de volver por ahora á insistir en la conquista; pero vieron cuán

¹¹ *Relac. Seg., ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15. Herrera trae la siguiente inscripcion que se encontró grabada en la corteza de un árbol: "por aquí pasó Juan Juste con sus infelices compañeros, que estaban tan acosados por el hambre, que tuvieron que dar una barra de oro macizo que pesaba ochocientos ducados, por unas cuantas tortillas de maiz." Hist. General, ubi supra.*

distante estaba Cortés de pensar de esta suerte. Aun tendido en el lecho de dolor estaba revolviendo sin cesar en su mente, nuevos planes para vengar su honor y recobrar los dominios que habia perdido, con menoscabo de otro dueño mas bien que de él mismo. Estos planes luego que entró en convalecencia quedaron de manifiesto, tanto por el arreglo que hizo del ejército, como por las órdenes que envió á Veracruz, pidiendo nuevos refuerzos.

La noticia de todo esto ocasionó grande inquietud entre los descontentos, que en su mayor parte eran de los de Narvaez, quienes como hemos dicho, habian llevado la peor parte de la guerra. Muchos de ellos poseian tierras en las Islas, y solo habian entrado en la expedicion llevados de la codicia; pero no alcanzaron en México ni prez ni fama. Los pocos, comparativamente, que habian sobrevivido, no podian soportar sus actuales trabajos, suspiraban por volverse á sus ricas minas y alegres quintas de Cuba, y lamentaban amargamente el momento en que las habian dejado.

Viendo que el general hacia poco caso de sus quejas orales, resolvieron hacer por escrito una representacion en toda forma. Hacian ver lo temerario que era persistir en la empresa, encontrándose tan faltos de armas, de municiones y casi hasta de gente; y esto, para pelear con un enemigo pujantísimo y que era capaz de contar aun con mas recursos de los que habia desplegado ahora últimamente: pensar en esto era locura: intentarlo, era ir ellos mismos á la piedra de los sacrificios: el único partido que les quedaba era irse á Veracruz. Cada momento de tardanza era fatal: la guarnicion de esta plaza estaba próxima á sucumbir por falta de fuerzas para resistir; con lo que quedaria destruida hasta la última esperanza: ademas que allí podian aguardar con mayor seguridad los refuerzos que llegasen de fuera; ó en un evento desgraciado escaparse fácilmente. Concluian insistiendo en que se les permitiese volverse al instante á Villa Rica. Esta peticion, ó mejor dicho protesta, estaba firmada por todos los descontentos y despues de autorizada por el notario real, le fué formalmente presentada á Cortés.¹²

¹² Esto recuerda la representacion del mismo género que hicieron á Alejandro sus TOMO II. 11

Aquel momento fué de prueba para él. Lo que mas le pudo fué ver en el encabezamiento del papel el nombre del secretario Duero, á cuyos buenos servicios debia el haber logrado el mando del ejército. Sin embargo, no por esto vaciló ni un momento en su propósito. Aunque los recursos de fuera se le escaseaban y aun que le abandonaban sus amigos, él se bastaba á sí mismo. Conocia que retirarse á Veracruz era abandonar la conquista: que una vez allí, el ejército encontraría pretestos y oportunidad para volverse á las islas: que todos sus planes de ambicion iban á quedar desbaratados: que iba á escapársele para siempre la codiciada presa que ya habia tenido entre las garras: que era, en fin, hombre perdido.

En su famosa carta á Carlos V, dice que reflexionando en su situacion, recordó entonces el antiguo adagio español que dice que "la fortuna ayuda á los audaces," y que siendo cristiano confiaba en la infinita bondad y misericordia de Dios, que no permitiria que pereciesen y quedase aquella tierra en poder de los infieles;¹³ que por lo tanto, resolvió no bajar á la costa y aventurarlo todo, retrocediendo y atacando de nuevo al enemigo en su misma capital.

En el mismo tono resuelto contestó á los descontentos.¹⁴ Recurrió á cuantos medios podian herir su honor caballeresco. Recordóles que no habia memoria de que el antiguo valor castellano hubiese cedido jamas á un enemigo: rogábales que no amancillasen aquellos hechos heroicos que habian hecho famosa á la España entre todas las naciones, y que no dejasen á medio acabar una empresa, para que luego viniese un atrevido y emprendedor á consumarla: preguntábales que cómo podian abandonar á sus aliados los tlaxcaltecas despues de haberles envuelto en la guerra, ni dejarles espuestos á la venganza

soldados, al llegar á Hystaspis; y que fué seguida, como era natural, de mejor éxito. Alejandro iba por saciar su inestinguible sed de conquista; mientras que Cortés trataba únicamente de no abandonar su comenzada obra: lo que en el uno era insensatez, era heroísmo en el otro.

¹³ *Relac. Seg., en Lorenzana, pág. 152.*

¹⁴ "Páreceme que la respuesta que á esto les dió Hernando Cortés, é lo que hizo en ello fué una cosa de ánimo invencible y de varon de mucha suerte y valor." Oviedo, *Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.*

za de los aztecas? deciales que caminar un solo paso hácia Villa Rica era confesarse débiles y menguados: era desanimar á sus aliados y alentar á los enemigos: rogábales que recobrasen la confianza que antes habian tenido en él, y que reflexionasen que si últimamente habian padecido reveses, habian tambien logrado todo y aun mas que todo lo que se prometian. Fácil era permanecer en aquella tierra hospitalaria hasta que llegando los refuerzos que estaban para venir, pudiesen otra vez tomar la ofensiva. Pero que si á pesar de estas consideraciones capaces de conmover el corazon de cualquiera hombre valeroso, preferian el descanso en sus hogares, á la gloria de una proeza heroica, no les detendria en su camino: que fuesen benditos de Dios: que abandonasen á su general en tan duro conflicto; pero que él preferia verse rodeado de un puñado de esforzados caballeros, mas bien que de una falange de menguados cobardes.¹⁵

Los descontentos eran, como ya lo hemos dicho, los de Narvaez; pero sus antiguos veteranos al oír este llamamiento¹⁶ sintieron hervir de indignacion la sangre de sus venas, viendo que habia quien tuviese el villano pensamiento de abandonar al general en aquella crisis, y ofrecieron espontáneamente acompañarle hasta lo último; y los descontentos, acallados, ya que no convencidos por el generoso entusiasmo de sus camaradas, consintieron en aplazar su marcha para otra ocasion mas favorable.¹⁷

Mas apenas estaba vencida esta dificultad cuando se presen-

¹⁵ "E no me hable ninguno de otra cosa, y el que desta opinion no estuviere, váyase en buena hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde y desacordado de su propia honra." *Ibid, ubi supra.*

¹⁶ Oviedo ha empleado varias páginas en la arenga de Cortés, en la que el orador cita á Jenofonte y emplea un estilo parecido al de la antigua historia del pueblo judío, lo que dá á aquella color de sermon, mas bien que de arenga de un general; pero ni Cortés era pedante, ni sus soldados literatos.

¹⁷ Véase sobre esta turbulenta desavenencia, á Bernal Diaz, cap. 129. *Relac. Seg. de Cortés, pág. 152.* Oviedo, *Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.* Gomara, *Crónica, caps. 112, 113.* Herrera, *Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 14.*

Diaz se irrita fuertemente con el capellan Gomara, por no haber hecho distincion entre los antiguos veteranos de Cortés y los reclutas de Narvaez, y por haber envuelto á los unos y á los otros en el pecado de la rebelion. La noticia que dá Diaz me parece mas cierta y por eso la he adoptado en el testo.

tó otra mas sería: los celos que se habian comenzado á despertar entre sus soldados y los indios aliados. A pesar de las demostraciones afectuosas de Maxixcatzin y sus inmediatos compañeros, otros habia que miraban de reojo á los españoles por los daños y duelos que habian causado á la república, y preguntaban con estrañeza, si además de esto se la queria obligar á que soportase la carga de alojar y mantener á tan crecido número de extranjeros?

Tales demostraciones de descontento no eran tan secretas que no llegasen á noticia de los españoles, quienes no podian oirlas sin inquietud. Verdad es que los autores de esas habilllas eran personas de poca consideracion, pues los cuatro señores de la república estaban fuertemente adheridos á la causa de Cortés; pero las apoyaba el belicoso Xicotencatl en cuyo pecho quedaban todavía restos de esa enemistad implacable que tan valerosamente habia demostrado en los campos de batalla. El contacto íntimo en que violentamente estaba con los españoles, ocasionaba que de vez en cuando saltase alguna chispa de su carácter inflamable.

Cortés que vió con inquietud aquellas señales de alarma creciente, la cual debilitaba el punto de apoyo en que debia descansar la palanca de sus futuras operaciones, empleó todos los medios posibles, para infundir á sus tropas la perdida confianza: les recordó los buenos servicios que constantemente les habia prestado la masa de la nacion: díjoles que el mejor garante de la fidelidad de los aliados, era el ódio profundo que tenían á los aztecas; cuyo ódio debia avivarse con las últimas desgracias: finalmente, les hizo observar que si los tlaxcaltecas abrigasen designios hostiles contra los blancos, se habrian aprovechado de la angustiada situacion en que estos se habian encontrado, y no habrian aguardado á que se robusteciesen y tuviesen mayores medios de resistencia.¹⁸

Estando Cortés procurando aquietar sus temores y los de sus compañeros, por aquellos medios de éscito dudoso, ocurrió un acaecimiento que felizmente afirmó de la manera mas estable

18 Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 15. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 14. Sahagun, *Hist. de la Nueva-España*, lib. 12, cap. 29.

la alianza con la república. Pero antes de hablar de él, es menester dar noticia de lo acaecido en México desde la salida de los españoles.

A la muerte de Moteuczóma, fué electo para sucederle en el trono, su hermano Cuiclahuatzin, señor de Ixtlapalapan. Era hombre activo, experimentado en las cosas de la guerra y propio por la fuerza de su carácter para sostener la vacilante monarquía. Además, parece que era hombre no solo de buen gusto, sino ilustrado, si hemos de juzgar por los bellos jardines llenos de plantas ecsóticas, que dejó en Ixtlapalapan, y que llenaron de admiracion á los españoles. Por el contrario de su antecesor, detestaba á los blancos, y probablemente tuvo el placer de solemnizar el dia de su coronacion, sacrificando á algunos de ellos. Al momento que le puso en libertad Cortés que le tenia prisionero, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. Él habia dispuesto los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste; y á instigaciones suyas se reunió el poderoso ejército que disputó el paso á los españoles en las llanuras de Otompan.¹⁹

Desde que éstos evacuaron la ciudad, se ocupó activamente en reparar los daños que le habian causado, en reedificar las casas y construir de nuevo los puentes destruidos, y finalmente, en poner á la ciudad en el mejor estado de defensa. Procuró mejorar la disciplina y armas de sus tropas: introdujo el uso de las largas lanzas, y añadiendo las hojas de las espadas quitadas á los cristianos, á largas picas, formó una arma terrible contra la caballería. Llamó á todos sus vasallos, de lejos y de cerca, en ayuda de la capital, y para mejor ganarse el afecto de los pueblos, les exoneró de algunos de los impuestos que habian acostumbrado pagar. Pero luego esperiméntó la inestabilidad de un gobierno que descansa no en el amor, sino en el miedo. Los vasallos de las inmediaciones del valle, quedaron fieles; pero otros comenzaron á titubear sobre el partido

19 Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 47. *Relac. Seg. de Cortés*, p. 166. Sahagun, loco citato, y en el capítulo 27. O por mejor decir, "á instigaciones del gran demonio, capitan de los demas demonios, llamado Satanas, que es quien gobernaba á su antojo la Nueva-España antes de que viniesen á ella los españoles." Con este elocuen-te escordio comienza este capítulo el P. Sahagun.

que abrazarian, y los de las provincias apartadas, rehusaron de una vez su obediencia, considerando que aquel momento era el mas á propósito para romper el yugo que por tanto tiempo les habia oprimido.²⁰

En tal conflicto mandó el gobierno una embajada á sus antiguos enemigos los tlaxcaltecas. Componíanla seis nobles que llevaban un regalo de algodón, sal y otros artículos de que hacia algun tiempo se carecia en la república. Los cuatro señores de ésta, asombrados de un acto de reconciliación sin ejemplo hasta entonces, convocaron al senado para que ante él espusiesen los embajadores el objeto de su mensaje.

Hiciéronlo así los aztecas: espusieron al senado que lo que proponian era el olvido de todos los pasados agravios y la formación de una alianza. Manifestaron que todas las naciones de Anáhuac debian hacer causa comun contra los blancos: que los tlaxcaltecas harian caer sobre sí la ira de los dioses, si por mas tiempo acogian hospitalariamente á los que habian violado y destruido sus templos: que si confiaban en la amistad y ayuda de los extranjeros, viesen lo que habia sucedido en la ciudad de México, en cuyos umbrales fueron recibidos amistosamente, y á la cual en pago, habian reducido á escombros y cenizas. Conjurábanles, en fin, en nombre de su religion á que no permitiesen que los blancos reducidos al último grado de miseria, se pusiesen en cobro, sino que los sacrificasen en las aras que habian profanado; y si lo hacian, ellos ofrecian en nombre del gobierno azteca, que se formaria una alianza de donde resultase á la república el beneficio de gozar como antes de todos los objetos de lujo y comodidad de que hacia tanto tiempo estaba privada.

Las propuestas de los embajadores produjeron diferentes efectos en el auditorio: Xicotencatl fué de dictámen que se las aceptase al punto, diciendo que mejor era unirse con los de su misma familia, que tenian el mismo lenguaje, la misma fé y las mismas costumbres, que no entregarse en brazos de aquellos orgullosos extranjeros, que aunque siempre estaban hablando de re-

²⁰ *Ixtlilxochitl, Hist. Chich. MS., cap. 88. Sahagun, loco citato. Herrera, op. cit., cap. 19.*

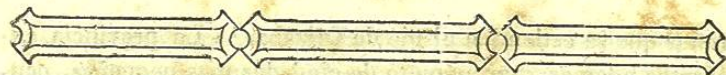
ligion, no conocian mas dios que el oro. Este dictámen fué abrazado con entusiasmo por toda la juventud guerrera, que se habia inflamado al escucharlo. Pero los ancianos señores y mayormente su viejo y ciego padre, uno de los cuatro gobernadores de la república, el cual era muy adicto á los españoles, y Maxixcatzin íntimo amigo de estos, se espresaron en términos fuertes contra la propuesta alianza con los aztecas. Ellos son hoy como siempre, dijeron, lisonjeros en las palabras y falsos en el corazon: proponen hoy á Tlaxcallan la amistad, porque tienen miedo; pero luego que este pase volverán á su antiguo rencor. — ¿Quiénes sino los aztecas pudieron haber privado por tanto tiempo á la república de los objetos mas necesarios para la vida, de estos objetos que hoy ofrecen tan liberalmente? ¿No se debe á los blancos que la nacion los posea? ¡Y sin embargo se nos invita á sacrificarlos en las aras de los dioses! ¡á sacrificar á los guerreros que despues de lidiar por la causa de Tlaxcallan, se han fiado á nuestra hospitalidad! Los dioses aborrecen la perfidia, y por otra parte, ¿no son los blancos los séres cuya venida han anunciado desde lo antiguo los oráculos? Aprovechémonos de esa llegada, y haciendo causa comun con ellos, acabemos de humillar de una vez á nuestros altaneros enemigos.

Este discurso provocó una viva réplica de parte de Xicotencatl, hasta que con alguna violencia acabó la paciencia del anciano gobernador, quien arrojó á su jóven antagonista de la cámara del consejo. Un procedimiento tan contrario al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nacion, llenó de asombro á la asamblea; pero lejos de reconvenir al gobernador, permaneció callada. Aun los mas apasionados parciales de Xicotencatl, temieron sostener á un caudillo que habia recibido tal ultrage del mas venerado de los cuatro señores de la república. Su padre mismo le reprendió públicamente, y el guerrero patriota que, aunque jóven tenia mas prevision que todos sus compatriotas, quedó otra vez aislado en el consejo, como lo habia quedado en el campo de batalla. La propuesta alianza de los mexicanos, fué unánimemente desechada, y los embajadores, temerosos de que no les libertara de una violencia, ni aun el sagrado carácter de

que estaban investidos, salieron secretamente de Tlaxcallan.²¹

El resultado de la deliberacion fué sumamente útil á los españoles, quienes en su angustiada situacion, y mayormente estando desprevenidos habrian quedado á merced de los tlaxcaltecas si estos lo hubiesen querido. Pero de cualquiera manera, la union con los mexicanos habria puesto el sello á la desgracia de los conquistadores, pues no teniendo recursos propios, solo podian esperar el triunfo valiéndose hábilmente de una parte de la poblacion indígena para combatir á la otra.

²¹ Lo que pasó en el senado tlaxcalteca lo refieren aunque con algunas variaciones en cuanto á las circunstancias, pero en sustancia lo mismo, los escritores siguientes: Comargo, *Hist. de Tlaxcallan*, MS. Sahagun, loco citato. Herrera, *op. cit.*, dec. 2, lib. 10, cap. 14. Bernal, Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. 129. Gomara, *Crónica*, cap. 111.



CAPÍTULO VI.

GUERRA CON LAS TRIBUS CONVECINAS.—TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES.—MUERTE DE MAXIXCATZIN.—LLEGAN REFUERZOS.—VUELVEN TRIUNFANTES Á TLAXCALLAN LOS ESPAÑOLES.

(1520.)

TRANQUILO el comandante español con el écsito de la discusion habida en el senado, resolvió emprender algunas operaciones militares ofensivas, por considerarlas el mejor medio de reprimir ese espíritu de sedicion que agitaba á sus tropas y que en la ociosidad debía inevitablemente fermentar cada dia mas. Al principio se propuso emplear á sus tropas en escarmentar á los indios de las inmediaciones, por haber puesto mano violenta sobre los españoles que habian pasado por entre ellos, fiándose en el respeto que siempre se les habia tenido. Entre estas tribus se contaba la de los tepanecas, pueblo que frecuentemente entraba en guerras con Tlaxcallan, y que como arriba hemos dicho, asesinó á doce españoles que iban para México. Una espedicion contra ella, sería fácilmente auxiliada por los tlaxcaltecas, y repararia la dignidad del nombre castellano, muy menoscabada á consecuencia de los últimos reveses.

Los tepanecas eran una tribu belicosa, procedente del mismo tronco que los aztecas de quienes eran tributarios. Cuando entraron los españoles en el pais, les juraron aquellos vasallage, amedrentados por las crudas derrotas de los tlaxcaltecas; pero desde el levantamiento de la capital, habian vuelto á someterse al cetro mexicano. Su capital que es hoy un lugarejo, era entonces una ciudad floreciente situada en las feraces lla-